

COSTUMBRES I CREENCIAS

ARAUCANAS

POR

EULOJO ROBLES RODRÍGUEZ

ENTIERRO DE HUILÍO LIENAN (1)

Después de catorce días de la muerte del cacique Huilío Lienan, jefe de una reducción que vive legua i media al Poniente de la ciudad de Temuco, nos dirigimos a ella para ver los preparativos del entierro que iba a verificarse al día siguiente.

Fué una tarde de Junio de 1904: la víspera había llovido i las montañas que dejábamos al Norte se mostraban cubiertas de niebla, que herida a intervalos por sol débil, permitía ver grupos de árboles corpulentos.

Al llegar a la *ruca* del finado, que se levanta en suave i baja colina, encontramos frente a la entrada varios caballos, aparejados a la usanza india, pertenecientes a deudos i amigos, que, desde lugares lejanos, venían a honrar con su presencia el solemne acto.

(1) De un libro en preparacion: «*Costumbres i creencias mapuches*».

Nos introdujimos a ella; es holgada habitacion; en su parte central, en el suelo, ardian dos fuegos, señal que el fallecido tenia, por lo ménos, dos mujeres.

Junto a la entrada, se habia colocado en una especie de zarampa de palos de *quila* suspendida por cuerdas del techo, el cadáver de Huilio Lienan, tapado con *pontros*, frazadas burdas de lana de diversos colores, fabricadas por las mujeres, i con mantas; al rededor se le habia puesto comestibles i bebidas: carne asada, manzanas silvestres i cantarillos con un licor de maiz que elaboran los indijenas i que denominan *mudai*. A la cabecera, en tablas horizontales sostenidas por varones plantados en el suelo, se veia, ademas de comestibles, una vela de esperma dentro de una botella que servia de candelero.

A pesar del tiempo trascurrido, no despedia el cadáver olor sensible, debido al humo de los hogares, permanentemente encendidos, i a lo fresco de la temperatura, pues, los indijenas no emplean ningun procedimiento para detener la descomposicion.

En la misma morada se preparaba la comida; i habia reunidas numerosas mujeres, algunas de las cuales, allégadas a los lados de la *ruca*, se peinaban con tranquilidad. Varios huéspedes estaban sentados cerca de la puerta, en el suelo o en pequeños bancos de madera.

Al centro, de varas colocadas sobre caballetes, pendia gran cantidad de carne fresca—mucha de caballo—destinada al consumo de los forasteros que llegarían al dia siguiente.

Barriles de vino i cántaros de todas dimensiones, llenos de *mudai*, se veian a los costados de la *ruca*.

Vecinas a la de Huilio Lienan i perteneciente a la misma familia, hai otras en que se notaba igual abundancia de provisiones.

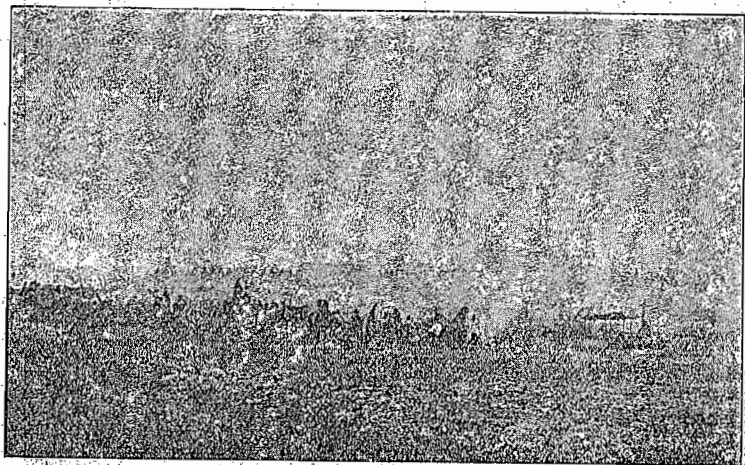
Los preparativos, eran, pues, acomodados para dar de comer i beber a un rejimiento.

Al regresar a Temuco, nos cruzamos en el camino con varios indijenas, unos a pié i otros a caballo, que se dirijian a estas *rukas* para ser de los primeros el dia del entierro.

Iban en la misma direccion varias indias a pie i descalzas como es su costumbre; cargadas las espaldas con canastos cúbicos que designan con la palabra *quilco*, hechos de fibras vegetales; llenos de provisiones: marchaban inclinadas hácia adelante con pasos menudos i rápidos. La que caminaba sin ellos llevaba, por lo ménos, una gallina en la mano.

Seguian esta verdadera romeria pequeñas carretas llamadas *chanchas*; que al rodar producen horrible i agrio chirrido semejante a agudos i bulliciosos gruñidos de cerdos de donde toman su nombre. Cada una era ocupada por gran pipa de vino que debia escanciarse en honor del muerto.

Un hijo de Huilló Lienan, vestido a la española i que hablaba pasablemente el idioma—hoi es aplicado alumno del Liceo de Temuco—con quien nos encontramos en el camino, nos pidió que obtuviéramos de la autoridad algunos jendarmes para resguardar el orden e impedir que los «chilenos» turbasen la ceremonia, advirtiéndonos que ésta comenzaria a las doce del dia siguiente.



Fuimos exactos para comparecer a la hora indicada cuando volvimos a la reduccion; el campo se veia todo blanco; mar:

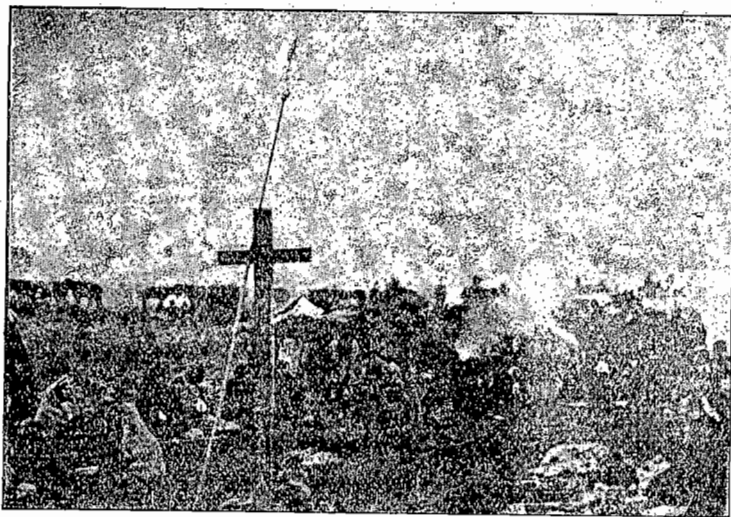
chábamos envueltos en sutilísimo vapor; pero ya los árboles i las yerbas se desprendían de su sudario de brumas, mostrando sus hojas:abrilantadas por el agua.

A la hora de nuestra llegada se habia reunido bastante jente: cerca de la *ruca* mortuoria, en una esplanada amplia, formaban los invitados inmóviles i silenciosos en sus caballos, dispuestos en semi-circulo.

Presentaba aspecto fantástico la reunion de estos indios destacándose borrosos en un ambiente blanquizco.

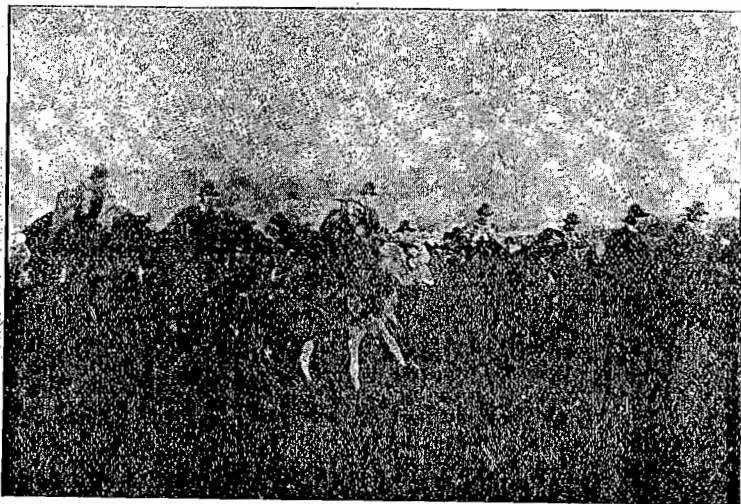
Llegaban por grupos i tomaban posiciones en círculo cuyo centro era el punto en que se habia colocado el cadáver, que yacia en la misma zaranda que le vimos el dia anterior, a metro i medio del suelo, sostenido por varas clavadas en él.

Se habia plantado a la cabecera una gran cruz i, apoyada en ella, flameaba una bandera blanca, a que servia de asta larga *quila*.



Junto al féretro humeaban fogatas rodeadas por mujeres de la familia que asaban carne i preparaban viandas.

Luego que llegaron todos los invitados i que se cerró el círculo, un amplio círculo de indios a caballo, i que los deudos del difunto tuvieron preparados los manjares que habia de

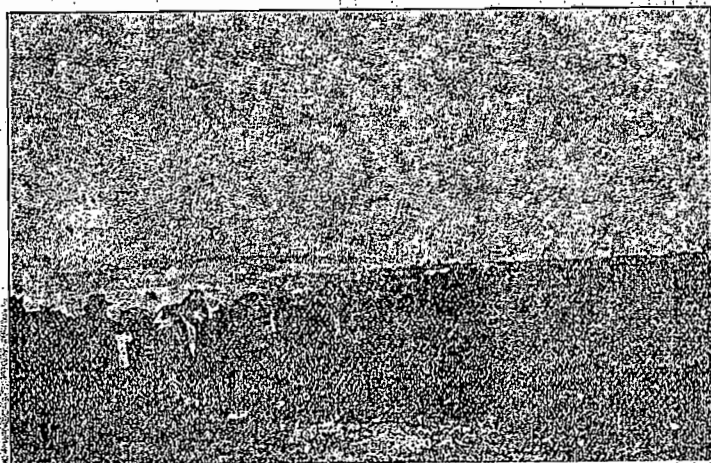


repartírseles, el hijo mayor de Huilio Lienan se dirigió al túmulo, tomó la bandera i con los varones de la reduccion i parientes inmediatos, corrieron a caballo en torno de él lanzando gritos breves.

En seguida comenzó la distribucion de viandas i el mismo joven, ayudado por algunos deudos, corria a caballo de un punto a otro, llevando fuentes de laton i platos de madera—*ruli*—colmados de carne, *cofque*—el pan de los *mapuches*—i huevos duros.

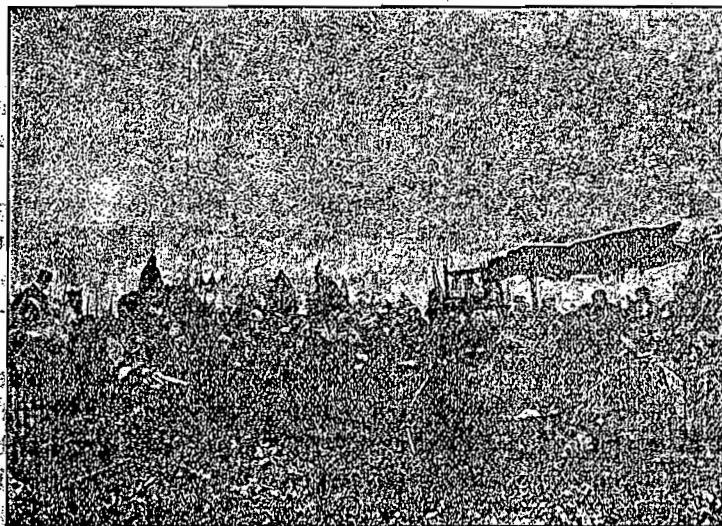
Los invitados descendieron de sus cabalgaduras i se sentaron en el suelo, delante de ellas, sin deshacer el círculo. Presentábase así orijinal i novísimo golpe de vista: los caballos, sin sus jinetes, dejaban ver el aparejo de montar de los indijenas compuesto de *lomas* de colores diversos i de pello

nes en su mayor parte negros aterciopelados con largos flecos, i ellos, puestas sus grandes mantas de dibujos de dis-

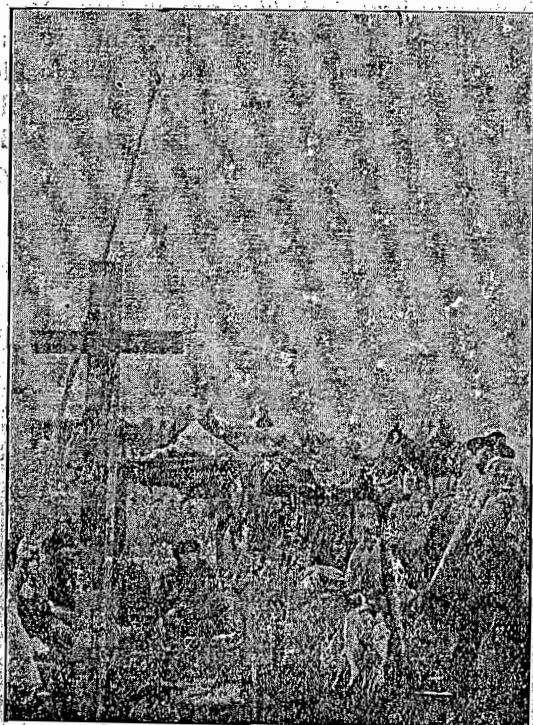


tos colores, producian en conjunto, impresion pintoresca e imborrable.

Las mujeres, entretanto, ocupaban, diseminadas en grupos, el centro del circulo i rodeaban varias fogatas, algunas sen-



tadas tranquilamente i otras atareadisimas en la preparaci6n de comidas: j6venes indias de robustos brazos revolvian, sacando lances al humo, enormes ollas en que se cocia carne. Algunos perros, los flacos i desmedrados perros de los indios, acostumbrados a largos ayunos, miraban at6ntamente, apoyados en sus patas traseras, esos preparativos, listos para aprovecharse de cualquiera oportunidad que les permitiera saciar sus hambres atrasadas i poner gran par6ntesis a su vida de forzada abstinencia. De vez en cuando, golpes dados con trozos de leña o con varillas de *quila* los detenia en su



impaciencia o ponia coto a sus demasias. Huian ahullando lastimeramente i, segun la cuantia i calidad de los golpes, se alejaban a no gran trecho; pero a poco se acercaban i

tomaban la misma postura, dispuestos heroicamente a no desperdiciar ocasion, aun cuando los palos les sacudieran las orejas.

No todas las indias ostentaban los adornos de plata que se colocan en la frente o rodean la cabeza o envuelven las trenzas; ni los collares, grandes pendientes, enormes prendedores i pulseras del mismo metal que usan con frecuencia: era el mes de Junio, entrada de invierno, i muchas de esas alhajas dormian en las casas de prendas, esperando las buena cosecha que habria de liberarlas.

No obstante, las vestiduras de lana negra con vivos lacres en los bordes que usan las *mapuches*, la faja—*trariwe*—con con dibujos rojos, blancos o amarillos, el manton negro a la espalda, sostenido al pecho por gran prendedor de plata—*tepu*—formaban figuras interesantes. Otras en vez de negros, llevaban pañuelos rojos comprados en las tiendas de las ciudades i el indispensable cinturon que da relieve vigoroso a sus desarrollados senos.



Las mujeres ayudaban tambien a los deudos del difunto en el delicado trabajo del reparto de las viandas, negocio de

importancia capital, pues la familia doliente se consideraría deshonrada si alguno de los huéspedes no fuere bien servido i esta circunstancia diere motivo a las habladurías i murmuraciones de las *rucas*; i recorrian el campo con canastos a la espalda, llenos de provisiones, obsequiando a los invitados que iban perdiendo la gravedad de que se revestían al principio, animados con frecuentes libaciones de vino i de *mudai*.

No faltaba en este cuadro la fogata de alguna familia chilena que queria hacer buen negocio con los concurrentes vendiéndoles vino, cazuelas de ave i empanadas fritas.

No léjos de la fogata, habia una carreta soportando un barril de vino. Algunas mujeres pelaban papas, desplumaban gallinas i picaban cebollas. El *merquen*, sal ordinaria revuelta con ají en polvo, estaba listo en un plato de laton para sazonar la cazuela. Chirriaba la grasa hirviendo a borbotones en la sarten, dorando las empanadas, levantando ampolletas a las *zopaipillas* i llenando el aire con el característico i popular olor a frituras.

Luego que los invitados estuvieron servidos i despues que guardaron algunos en sus pañuelos restos de carne cocida, subieron nuevamente a caballo.

El hijo de Huilló Lienan se dirijió al tûmulo, tomó otra vez la bandera i la entregó a un jefe de reduccion, para que, acompañado de los suyos, diera la segunda carrera en torno del cadáver, la que terminada i vuelto cada jinete a su posicion, comenzaron a mezclarse, a poco, con la jente que habia al centro del gran círculo, desordenándolo.

Varios descendieron de sus cabalgaduras i otros, en ellas, pasándose los brazos por los hombros bebian fraternalmente: el alcohol producía uno de sus efectos, provocando estas expansiones familiares i dando lugar a mútuas protestas de amistad.

Momentos despues se llevó a cabo la tercera carrera: el jóven Lienan entregó la bandera a otro jefe de reduccion i sus mocetones, como en los anteriores, dieron vuelta gritando en torno del féretro.

Antes de la cuarta, que fué la última, i en que tomaron parte todos los concurrentes, éstos formaron el círculo que componian al principio de la ceremonia; i los deudos del difunto fueron a saludarlos uno por uno, estrechándoles la mano para agradecerles la asistencia i cerciorarse si todos habian comido. Largo rato se empleó en estos saludos, a causa de la numerosa jente reunida.

A las carreras que los indios dan a caballo en torno de un muerto ántes de su sepultacion, denominan en su idioma *awün*, palabra que ellos mismos traducen al castellano por la de trillas.



Mientras tanto, cerca de la *ruca* del estinto esperaba una carreta tirada por dos yuntas de bueyes que conducia grueso tronco de roble ahuecado en forma de canoa, que en mapuche se denomina *wampo* i que debía servir de cubierta al cadáver.

Antes de llevarlo al *eltun*, cementerio de la reduccion, se acercaron a él algunos ancianos i personas caracterizadas i, colocados a la cabecera i a los piés del muerto, hicieron su elojio fúnebre.

Uno habló de esta manera: «Yo fui amigo i pariente de este hombre; me daba buenos consejos, los seguí siempre; por eso soi hombre bueno; ya no encontraremos entre nosotros otra vez a este hombre; nosotros mismos nos habremos de ver asi como está este cuerpo muerto. No seamos ingratos con él, cuidémosle sus animales i sembrados i ayudemos a sus hijos. Este hombre era viejo i duró tanto por que fué bueno. Los jóvenes que están escuchando sean asi como fué Huilio Lienan.»

Otros, hablando al mismo tiempo, reprodujeron este elogio e hicieron iguales propósitos.

Cada orador se esforzaba en poner de manifiesto cuán estrechos eran los vínculos de amistad i parentesco que lo ligaban al estinto i queria que se le considerara como el primero en sus relaciones con él.

Llegó el momento mas solemne de la ceremonia: se iba a desarmar el túmulo i trasportar el cadáver a su última morada.

Se elevó, entónces, un llanto desesperado de mujeres, en que sobresalia por muestras de sincero dolor, las lamentaciones de la madre del cacique, venerable anciana de cabellos blancos, que se apoyó largo rato en la zaranda que sostenia el cuerpo sin quererlo abandonar.

El jóven Lienan sacó la bandera i abrió la marcha a caballo.

Lo seguia el cadáver en hombros de seis *mapuches*.

En pos caminaban algunas mujeres, las parientes mas cercanas, i separados de ellas, sin ningun orden, algunos hombres.

El *wampo* esperaba al lado de la fosa recién abierta.

En la plazoleta en que se desarrolló la ceremonia permaneció la mayor parte de la concurrencia haciendo las últimas libaciones, miéntras algunas mujeres recojian los restos de las viandas para llevarlas a sus *rucas*.

Llegados los acompañantes del cadáver al *eltun*, se le puso a orillas de la fosa, i ántes de verlo desaparecer, algu-

nas mujeres de la familia se abrazaron de sus piés, llorando desesperada i ruidosamente.



Descendió un indio al hoyo i por medio de cuerdas se bajó despues el cuerpo.

Afanosamente i haciendo alarde de su intervencion, ayudaban a bajarlo dos alemanes, probablemente comerciantes que obtenian provecho en su jiro con Huilio Lienan i que querian por medio de estas demostraciones, captarse la buena voluntad de sus deudos a fin de no desperdiciar futuras ganancias.

Para acostar el cuerpo se habia puesto en la fosa un *pon-tro*, i el indio que habia bajado comenzó a rodearlo de comestibles i cántaros de *mudai*.

Descendió otro para ayudarlo a colocar el *wampo*, que fué bajado por cuerdas i, disponiéndosele en forma que tapara completamente el cadáver, los indios subieron.

Los alemanes, entónces, tomaron puñados de tierra i los arrojaron sobre el cuerpo para congraciarse con los indígenas, atencion que no correspondió a sus propósitos, porque se levantaron voces de desaprobacion i, entre su enmaraña-

do idioma, dejaban percibir la palabra *gringu* acompañada de adjetivos airados i de complementos injuriosos...

Se roció en seguida el *wampo* con vino, aguardiente i *mudai*; se le arrojó carne asada i cruda i se le vaciaron ollas de caldo.

Luego ocultaron todo a la vista las paladas de tierra con que rápidamente llenaban la fosa algunos *mapuches* ayudados por los oficiosos alemanes.

Se plantó la cruz i la concurrencia abandonó el fúnebre lugar.

La tarde se habia despejado i el cielo se mostraba purísimo.

Las mujeres que habian acompañado el cadáver se volvieron de a dos en fila.

Era espectáculo interesante el que ofrecian estas *mapuches* caminando sobre el negro suelo de una loma barbechada, a la caída de la tarde, iluminado el campo por moribundo sol



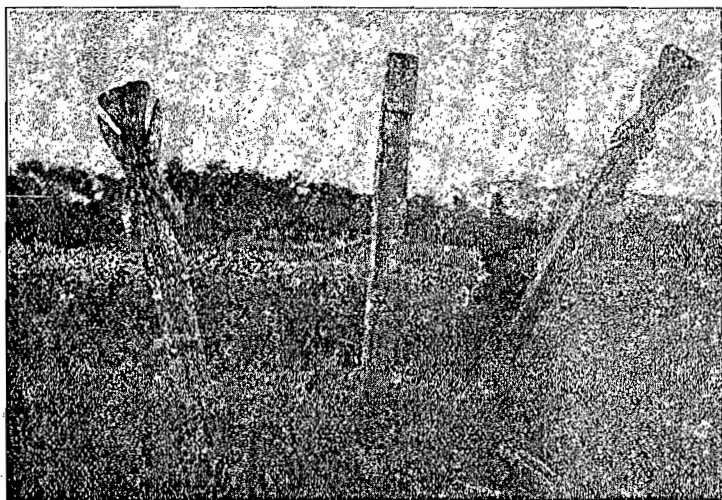
de invierno, destacándose hácia el Norte las enormes manchas oscuras de los montes Ñielöl i dibujándose al Oriente, en fondo azul intenso, la blancura inmaculada del elegante cono del Llaima.

Es esta la forma en que tiene lugar el entierro de los indios; pero hai en otras partes algunas diferencias de detalle. No se les sepulta inmediatamente porque es necesario que se les prepare el ataud i que se llame a todos sus deudos i amigos para que les rindan el último tributo. Luego que acaece el fallecimiento, se les envia emisarios para indicarles el dia preciso de la inhumacion.

Los preparativos comienzan desde ese mismo dia: las mujeres fabrican *mudai* i los hombres se dan trazas para disponer de animales a fin de que la comida fúnebre sea abundante.

La bandera que se usa en la ceremonia es blanca o negra: negra en verano i blanca en invierno, pues los indios creen que con la blanca en esta última estacion se descompone el tiempo i llueve.

A veces, son dos las canoas para encerrar el cuerpo, en una de las cuales reposa i la otra le sirve de cubierta. Suelen tambien emplear una tercera que colocan sobre la fosa a modo de lápida.



En la canoa que cubre el cuerpo, se estiende frecuentemente el cuero fresco del caballo del difunto, sacrificado la vispera

i cuya carne se sirve a los huéspedes, manjar especialmente esquisito para los paladares indígenas.

Las cruces no son siempre latinas, se usan tambien griegas.

Se ven en los *eltun* i antiguamente servian para marcar el sitio en que yacia un muerto, toscas figuras de madera labradas por los mismos indios.

El acto de la ceremonia, ántes de conducirse el cadáver a la fosa, cuando los oradores pronuncian su elogio fúnebre, da lugar, a veces, a que se haga un verdadero juicio del muerto, pues cuando no ha sido buena persona se le pone de manifiesto sus malas cualidades: fué lo que notamos en un entierro en Maquehue, en que algunos indios, que rodeaban el cadáver, estraños a la familia doliente, dirijiéndose a él, le exhortaron a que en la otra vida no fuera tan cicatero como en ésta, que allá no se comiera solo su carne ni se bebiese solo su vino...

Para estrenar un cementerio, se reúnen en el *eltum* número par de ancianos i ancianas, llevando cada uno un cantarillo de *mudai* i un vaso i hacen la siguiente invocacion: «En el nuevo día de hoy os rogamos arrodillados, Dioses Viejos (*Fucha Gnechen*), Dioses Jóvenes (*Hue Gnechen*), Dios-Hombre (*Huentro Gnechen*) i Dios-Mujer (*Domo Gnechen*) que el nuevo panteon que vamos a descubrir sea feliz, i así tambien sean felices los muertos que mañana o pasado mañana resulten emparedados en esta sepultura».

Mientras hablan desparraman vino i *mudai* sobre el suelo, como una obiacon a los dioses para que se apiaden de ellos.

Antes se enterraba a los indios con sus caballos ensillados, a los cuales se daba muerte previamente; i con todas sus prendas de plata; pero como esto ocasionaba la profanacion de los *eltun* para estraer los objetos de valor, hoy se limitan a ponerle bebidas, comestibles, algunos *pontrós* i pellones, cosas que no pueden tentar la codicia de los ladrones.

Los indijenas creen en una vida futura; pero en cuanto al paraje a donde van los muertos, hai alguna discrepancia.

La opinion mas jeneralizada es que se trasladan al lado opuesto del mar en que se encuentra otra tierra *mapuche*.

Cuando muere un indio, se dirige a orillas del océano, da un grito i comparece otro que trasporta a su compatriota a esa tierra.

En el paraje indicado viven juntos buenos i malos, conservando sus mismos rangos i en las mismas condiciones en que estaban en su existencia primitiva.

En esta segunda mansion viven el espacio que han vivido ántes; despues se mueren para siempre i se convierten en carbones.

Hai que advertir que no es unánime la creencia en esta segunda muerte ni en esta metamórfosis. En la costa del departamento de Imperial, en el Budi, la hemos encontrado modificada: los muertos convertidos en aves, atraviesan el mar i llegan a una isla o a un continente i de noche toman figura humana i celebran *guillatunes*, fiestas relijiosas en que se come, se bebe i se baila.

Refieren los indios de esa rejion que hace mucho tiempo fueron unos *picunches*, indijenas del Norte, al otro lado del mar en una canoa i que vieron a los muertos haciendo *guillatunes*. Con todo, la creencia de que la mansion de los muertos está en la orilla opuesta del océano no es jeneral: algunos no pueden ubicarla, no saben si está abajo o arriba del punto en que se encuentran i la llaman *amuchimaihue*, que quiere decir tierra de la despedida.

Creen otros que las almas de los muertos van a los volcanes i conforme a este modo de ver, han tenido alucinaciones algunos indios: una partida de ellos, segun nos refirió el cacique civilizado Ambrosio Paillalef, de Pitruquén, regresaba hace tiempo de Argentina i, habiendo sido sorprendidos por unos malhechores, fueron asesinados, salvando sólo una anciana, quien contó al cacique nombrado que habia visto a esos

muertos que subian de a uno en fila al volcan Villarrica, perdiéndose luego en él.

Temuco, 1905.

